



De Ramses IV a Ramses XI: El largo camino hacia la decadencia

Javier Fernández Aguado,

Socio Director de Mindvalue. Miembro de Top Ten Management Spain (www.toptenms.com).

Una de las características comunes a casi todos los periodos previos a una revolución o a un tiempo de decadencia -son conceptos con frecuencia sinónimos- es una mala cosecha.

También sucedió en el caso de Ramses IV. Durante el reinado de Ramses III tuvo lugar una huelga provocada por la escasez de alimentos y Ramses IV no fue capaz de reorientar la situación.

Casado con Duat-en-Opet, hija de Tiy, Ramses IV alcanzó el trono en los albores de su cuarta década de existencia. Una de las primeras pruebas a las que se vio sometido fue al levantamiento de los obreros que trabajaban en Karnak y Heliópolis. La hacienda pública no estaba en situación boyante. Esa incidencia llevó a que, además de no cobrar, se vieran obligados a cubrirse con harapos y sandalias deterioradas que, a causa de su lamentable estado, provocaban que los pies de los obreros sufrieran continuas heridas.

Los cinceles de Deir el-Bahari detuvieron su trabajo y la construcción del Santuario de millones de años quedó paralizada. Se multiplicaron las movilizaciones, los descontentos..., lo que hoy en día ha sido definido como *inestabilidad social*. Por su parte, Ramses IV procuraba el retorno al trabajo

de los obreros sin el empleo de la fuerza. La situación no era sencilla. El Alma de Egipto estaba diluyéndose: solo así se explica el que el tradicional ambiente de equipo se hubiese disipado.

Ramses IV no tuvo inconveniente, más bien lo contrario, en dejar documentación sobre la embarazosa situación laboral. Él mismo hizo depositar el Papiro Harris en la tumba de su progenitor. Su afán por dejar información superó la vergüenza de que se conocieran los sucesos vividos. Los turbulentos tiempos que le tocaron asumir propiciaron quizá la temprana desaparición de Ramses IV, que fallecía siete años tras haber alcanzado el poder.

La llegada de Ramses V fue en un entorno de caos. Durante el lustro que ocupó el trono pocas fueron sus oportunidades. La viruela lo eliminó de la esfera pública de forma prematura, sin que hubiese sido capaz de detener la hambruna en el país del Nilo. Únicamente el comercio permitía sobrevivir a aquella población que años atrás había sido merecedora de universal respeto y aprecio.

Ramses VI duró en el trono únicamente un año más que su antecesor. Como en tantos otros ciclos históricos, los ricos lograron hacerse cada vez más ricos, mientras los pobres profundizaban en el sendero de la miseria. Obsesionado por dejar memoria de su paso por esta tierra, Ramses VI decretó que le erigieran estatuas en Karnak, Coptos y también en Bubastis.

En tiempos de miseria, se multiplican con facilidad las tendencias a la carencia de ética)

En tiempos de miseria, se multiplican con facilidad las tendencias a la carencia de ética:

La historia no conserva ningún rastro de aquellos directivos que se ven arrastrados por las circunstancias sin tomar decisiones o realizar contribuciones sustantivas a las organizaciones que gobernaron)

el saqueo de los monumentos funerarios se extendió por el territorio. Para que así fuese, resultaba preciso que, tal como hemos visto, también la administración pública consintiese el escarnio.

El hijo de Ramses VI fue Ramses VII y ocho, los años que éste mantuvo la corona del alto y el Bajo Egipto sobre su sien. A pesar de sus pretensiones, el ámbito de su autoridad se limitó a Menfis y a su área de influencia. La desintegración social siguió incrementándose. Quizá lo más triste que puede decirse de este faraón es que no rigió, entre otras cosas porque no le quedaba ya suelo sobre el que posar sus pies; es decir, un reino sobre el que gobernar...

El faraón que adoptó el nombre de Ramses VIII era hijo de Ramses III. La historia no conserva de él ningún rastro, como sucede con aquellos directivos que se ven arrastrados por las circunstancias sin tomar decisiones o realizar contribuciones sustantivas a las organizaciones que gobernaron.

Ramses IX es recordado como el enterrador de la dinastía. En sus casi cuatro lustros de gobierno poco aportó. El gobierno se lo repartían tanto pueblos que llegaban de fuera de Egipto, fundamentalmente tribus libias, como los clérigos de Amón, más preocupados por sus propios beneficios que por el conjunto de la población. La justicia era cosa del pasado: constan testimonios de que algunos detenidos compraban su libertad por una exigua cantidad de oro.

Durante el noveno año del reinado sucedió algo que dejó traumatizada a la maltratada población: el saqueo de los sepulcros de Ramses V y VI. Aquello simbolizó la imparable decadencia en la que estaba hundiéndose el antiguo gran Imperio. Encontrar a los culpables era lo menos trascendente. Lo más apreciable era que aquella civilización se encaminaba con decisión hacia la decadencia.



Ramses X profundizó en la misma errada dirección. Prácticamente lo único que sabemos de él es que una larga huelga tuvo paralizada la construcción de nuevas edificaciones. Desanimado por las circunstancias, ordenó paralizar la construcción de su propia tumba. Al fin y al cabo, debió pensar, todas las de sus ancestros habían sido profanadas.

Ramses XI actuó como notario del crepúsculo. En las tres décadas en que nominalmente gobernó nada pudo hacer por devolver un sano orgullo a sus súbditos. Entre otros motivos, porque los sacerdotes de Amón adoptaron una postura prepotente, de enfrentamiento al faraón. La lucha por los despojos sería la última imagen de la XX Dinastía. En la historia, el reinado de Ramses XI es mencionado como el año de la hiena.)